

Fabio Akcelrud Durão: *Teoría en fragmentos. Instantáneas de la vida académica*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional de Colombia, 2024, 242 págs.

Es sabido que, hace ya casi un siglo, autores como Walter Benjamin o Theodor W. Adorno comenzaron a hablar de la crisis de la capacidad de experiencia. Lo que a menudo se tomó como una exageración de teóricos agoreros era en realidad una tentativa “que buscaba hacer posible la experiencia del fin de la experiencia” (p. 191). Las reflexiones que Fabio Durão va desgranando en los fragmentos que componen este libro se articulan desde la conciencia de que en la contemporaneidad esa experiencia se está volviendo crecientemente difícil. En un mundo en el que la lógica de la mercantilización se ha vuelto ubicua, anegando cada vez más esferas de la cotidianidad, y en el que la industria cultural dicta las condiciones de producción, circulación y consumo de productos culturales y teóricos, esa pérdida no señala algo menor. Remite a un agostamiento de la capacidad expresiva que relega la experiencia a una condición crecientemente afásica. A eso quiere resistirse este libro. Desde luego, eso no implica que quien articula las reflexiones que se van desgranando en estos fragmentos ocupe una posición de exterioridad. No está por encima ni al margen de la realidad a la que se refiere, sino plenamente inmerso en ella. Eso es lo que le permite elaborarla a través del pensamiento. No es casual que el modo de hacerlo sea el fragmento. La forma fragmentaria se ha asociado desde el romanticismo a un modo de proceder subjetivo que, al no verse sometido a los rigores del pensamiento sistemático ni pretender cristalizar en una visión totalizante, gozaría de una mayor libertad para el objeto. Pero tampoco el fragmento está a salvo de la dinámica histórica. En virtud de su concentración y su discontinuidad, la forma fragmentaria tiende a prometer más autenticidad, más intensidad, más inmediatez. El modo en que los fragmentos rehúyen la vertebración explícita del pensamiento y se concatenan como una sucesión de fogonazos de pensamiento los asocian a la lógica del estímulo, del causar sensación, de la que hoy vive toda publicidad. El propio Durão se muestra bien consciente de ello: “El peligro de escribir en fragmentos no reside en el caos; ellos se protegen contra eso por la forma. El riesgo está en la promesa inevitable de novedad: un ‘guau’ detrás de otro, sin repetición o redundancia” (p. 52). La contraparte de eso sería “un sujeto inmerso en el tedio” (ib.). De ahí que no se trate de ofrecer una serie de destellos de pensamiento regida por la “ansiedad por el descubrimiento y el deseo de exhibición” (p. 77). Esa tentativa de sacarnos de las sendas trilladas por las que discurren nuestras rutinas intelectivas y vitales no es sino una variante del fin de la experiencia, que convierte

la lectura en un voraz consumo de variedades tal vez estimulante, pero que no deja ningún poso. Frente a ello, el propósito de este libro es convertir la experiencia cotidiana –a menudo aparentemente trivial– en fuente de conocimiento. Y de dialogar a través de ello con la experiencia y la elaboración teórica del lector. No es casual que el propio autor señale que el modo de proceder de este libro se rige por una lógica de sedimentación (p. 53).

*Teoría en fragmentos. Instantáneas de la vida académica* recoge reflexiones surgidas en diferentes momentos y fases de la vida intelectual de Durão. Muchas de ellas brotan a partir de situaciones propias de quien se gana la vida en el medio académico. No en vano las primeras anotaciones –recogidas en la primera parte del libro, la más extensa– surgen de las estancias que el autor realizó cuando era un doctorando brasileño en las universidades de Durham y Berlín, mientras que las últimas –en los dos apéndices– recogen sus observaciones como profesor universitario ya consolidado durante los quehaceres de su oficio, ya sea a raíz de un concurso de plaza en literatura comparada o elaborando las vivencias de un viaje académico a la India. El tenor de las otras dos partes del libro, “Flashes de la vida académica” y “Teoría en pedazos”, queda sucintamente descrito en los respectivos títulos. El registro de temas que abordan estos fragmentos abarca por tanto desde observaciones que saben extraer el jugo teórico de la cotidianeidad aparentemente más trivial –como la sensación de azoramiento al verse en la situación de tener que elegir entre más de un centenar de sabores de helado (p. 38 s.)– hasta una especie de etnografía de prácticas académicas que emergen aquí en todo su sinsentido; pero también contiene sustanciosas reflexiones sobre las relaciones entre teoría y crítica de la literatura, los cambios en la industria cultural, los conformismos del pensamiento crítico o las formas de opresión de raza, género y clase, así como valiosas observaciones sobre los debates en torno al canon o las representaciones de la subalternidad. En la versión española que aquí se publica se ha añadido cerca de un centenar de nuevos fragmentos respecto a la publicación brasileña de 2015. Si el título original del libro en portugués –“Fragmentos reunidos”– insinuaba un compendio de elementos que no constituye un todo, el título de esta edición –“Teoría en fragmentos”– parecería aludir a un cierto desmoronamiento de lo que un día fue un todo, como si la teoría ya no pudiera aspirar a articularse como una totalidad coherente y rotunda, capaz de dominar sus objetos desde arriba, sino solo como un precipitado de observaciones fragmentarias que surgen a partir de singularidades de la realidad vivida. Es a partir de la sedimentación de esos elementos

singulares, de reflexiones surgidas a partir de objetos y experiencias concretas, así como de las repeticiones y patrones que van evidenciándose en ellas, como la totalidad en la que el sujeto se encuentra inmerso puede llegar a ser percibida.

Entre las peculiaridades de esta *Teoría en fragmentos* destaca una forma de actividad teórica que no surge de los procedimientos característicos del modo de producción académica –dilucidar conceptos, glosar textos, plantear objeciones a otras teorías, etc.–, sino de su forma de uso más inmediata: la experiencia cotidiana de la realidad. Pues la actividad reflexiva no es prerrogativa de una determinada posición en la división social del trabajo, sino un modo de situarse ante la realidad y de confrontarse con ella. Requiere una inmersión en la realidad vivida, lo cual exige ante todo una receptividad, y al mismo tiempo de una reflexión capaz de elaborar lo vivido para convertirlo en fuente de conocimiento. Con ello los fragmentos de Durão se sitúan en la mejor tradición de la teoría crítica, que siempre aspiró a unir pensamiento y experiencia. No es casual que, en este libro, uno de los acicates de la reflexión sea precisamente la experiencia de las diferencias históricas que resultan de los procesos de modernización. Por un lado, estos han dado lugar a un mundo crecientemente homologado, en el que la mercantilización ha uniformado también los hábitos, las formas de actividad y los usos del tiempo libre. De ahí que Durão, intelectual brasileño, interprete la fijación de la academia estadounidense en la alteridad, en lo *otro* entendido como promesa de exotismo, como una reacción a la “macdonalización del mundo” (p. 94); mientras que, al visitar un templo religioso de reciente construcción en la India, percibe que todo su diseño lo asimila ya al “espíritu del entretenimiento”, casi como si se tratara de un parque temático (p. 232). Pero bajo la costra de la creciente identidad de un mundo global su mirada capta también las diferencias, las asimetrías, que se revelan a su vez elocuentes. Así sucede, por ejemplo, en la relación con los objetos, que permite un mayor desapego –y también una mayor civilidad– allí donde hay más abundancia, y por tanto más desarrollo; o en los modos de lidiar con las diferencias de clase, mucho más descarnadas y abiertas en la India que en Brasil, donde la “falsa apariencia de armonía” (p. 31) genera una actitud de fingida proximidad que beneficia a las clases medias y altas, que pretenden hacer como si los abismos sociales no existieran (p. 225). Pero la mirada de Durão se revela particularmente fecunda a la hora de analizar fenómenos como la práctica agresiva y a menudo brutal del piro-po, que en Brasil está naturalizada como muestra de virilidad, mientras que en Alemania y Estados Unidos se rechaza como una ofensa a la privacidad. Si allí

donde se ejerce abiertamente el piropo constituye una forma bárbara y patriarcal de masculinidad, aquí se argumenta que los motivos que llevan a proscribirlo en otros lugares tienen que ver ante todo con la frialdad y el pánico frente al otro, que llevan a evitar celosamente el contacto y toda situación imprevista (p. 109 s.). De este modo, un fenómeno aparentemente trivial permite sacar a la luz las diferentes mutilaciones de la sociabilidad que han resultado de los procesos de modernización en los países centrales y periféricos. Para Durão no se trata de optar por una u otra de esas modalidades, ni de reivindicar a los buenos salvajes frente a los falsos civilizados, sino de saber leer las necesidades y carencias que cada una de esas formas de modernización comportan: pues cada uno de sus negativos revela una forma de utopía (p. 110).

Por lo demás, uno de los grandes méritos de las reflexiones de Durão tiene que ver con su gran perspicacia para pensar las intersecciones entre cultura, universidad y política. Toda gran cultura y todo gran arte han sido hasta hoy, sin duda, una prerrogativa de clase. Requerían tiempo, atención y la formación de una sensibilidad rica y diferenciada. Por eso se insiste aquí en que la cultura hoy en trance de desaparición no ha de colocarse únicamente en posición de víctima: “ella también tiene culpa sobre su muerte” (p. 200). Al mismo tiempo, Durão no se resigna a dejar perder el frágil potencial de trascendencia que aún late en aquellos productos artísticos que son fruto de una articulación interna lograda. Frente a quienes ven en el gran arte una fuerza fundamentalmente opresora, mero pretexto para extraer capital simbólico y justificar relaciones de dominación, estos fragmentos no pierden de vista la especificidad del objeto artístico y se muestran más cautos. Sin duda, las relaciones de clase, género y raza han dejado su impronta en las grandes obras del pasado. Pero quien busca demoler la influencia de esas obras señalando su carácter ideológico alimenta “la industria universitaria del mismo modo que aquel otro, más viejo y por fortuna pasado de moda, que veía en [los clásicos] la expresión de valores humanos universales y atemporales” (p. 61). Quien ha asumido el viejo dictum benjaminiano de que no hay documento de cultura que no lo sea a su vez de barbarie sabe que –mientras no cambien las relaciones sociales– cualquier tentativa de sustraerse a esta aporía será digna de la máxima desconfianza. Las heridas que la opresión deja en los productos culturales no deben ser censuradas, sino sanadas, precisamente “para que un mundo redimido pueda leer sus cicatrices” (p. 61). Durão pone de manifiesto cómo la oposición frontal a formas de dominación que hoy resultan intolerables no exime de la complicidad con otras

formas de poder y opresión. No es infrecuente que quienes buscan defender a las voces silenciadas y no hegemónicas, por ejemplo reivindicando la oralidad frente a la escritura, se coloquen inadvertidamente en connivencia con tendencias históricas que, avaladas por las nuevas formas de comunicación digital, relegan la cultura escrita –y todo lo que ésta comporta– a una posición cada vez más marginal (p. 241). Al fin y al cabo, una de las tareas del pensamiento dialéctico consiste en no pasar por alto el poso conformista que pueden tener las posiciones nominalmente radicales.

En general, sin embargo, Durão se muestra bien consciente de que el poder real de la cultura en el mundo contemporáneo es prácticamente nulo. De hecho, su presencia es cada vez más residual. En este sentido resulta significativa su observación de que, ante la fuerza cada vez más arrolladora de la industria cultural, la vida literaria, cultural y artística digna de tal nombre ha tendido a refugiarse en las universidades, donde todavía quedaría un espacio en el que “la objetividad del objeto puede surgir como tal, con independencia de la opinión o el gusto de la persona o de la necesidad de obtener lucro” (p. 152 s.). Sin embargo, eso también tenía su contraparte. La posibilidad de tratar con objetos culturales quedaba sometida a la demanda de producción de resultados y nuevos descubrimientos –objetivables en artículos y publicaciones–, al establecimiento de campos que regulan la aproximación al objeto y a la necesidad de explicitar la contribución específica de cada investigación. Al quedar sometida a los patrones de la práctica investigadora, la relación con la cultura pierde su carácter desinteresado y se ajusta a los patrones productivistas de la maquinaria académica, cuyas miserias Durão recoge en estos fragmentos con tonos que van desde la sutil ironía hasta el agudo sarcasmo. Basta pensar en sus comentarios sobre las lógicas de citación (p. 23 s.), el sinsentido de los grandes macrocongresos (p. 95 ss.) o en cómo el trabajo administrativo y rutinario acaba minando la curiosidad y el *élan* intelectual de los académicos (p. 132 s.). Pero sería un error quedarse en la dimensión anecdótica de esos fragmentos, como si se limitaran a ofrecer una especie de fresco costumbrista del mundo universitario. Lo que les mueve es, ante todo, el interés de evidenciar una tendencia hacia formas de producción de conocimiento que, no solo son políticamente inocuas, sino vacuas en sentido estricto. Para Durão el cumplimiento con todos los requisitos formales de las reglas del juego académico va hoy de la mano de una tendencia a la pérdida del objeto, y por consiguiente de una atrofia de la interpretación. La confrontación con los productos artísticos y literarios se produce cada vez más a partir de la apli-

cación de tendencias y modelos teóricos de moda, no de un contacto con la composición del objeto mismo. El resultado es que “la literatura viene a asemejarse a una materia prima y la teoría a una máquina confeccionadora de sentido” (p. 176). En este sentido bastaría mencionar su mofa de un *call for papers* imaginario para un congreso de *whatever studies* (p. 149 s.), donde la irrelevancia del objeto –*whatever*, literalmente cualquier cosa– no impide poner en funcionamiento toda la maquinaria académica y toda una plétora de posibles paneles. De este modo la academia no solo se revela como una rama más de la industria cultural, sino tal vez como la única que puede seguir su curso sin exterioridad alguna, procesándose ininterrumpidamente a sí misma.

Ante un libro de estas características, sería fácil caer en el tópico que reprocha al autor un supuesto intento de emular a Adorno. En este sentido, el propio autor ha tenido la cortesía de evitar ese juicio y marcar una distancia. Esta no consistiría únicamente en las incomparables dotes de Adorno como teórico –su finura analítica, su erudición, su imaginación o su atención al detalle–, sino ante todo en la distancia histórica que nos separa de él. En este sentido Durão remite a la creciente dificultad para preservar en la contemporaneidad lo que aquí se denomina un “horizonte de posibilidad: la insistencia inquebrantable en que las cosas podrían ser concretamente otras” (p. 220). Con ello parecería querer decir que la aparente indisponibilidad de todo potencial de trascender las relaciones sociales vigentes genera las dinámicas regresivas que se rastrea en estos fragmentos, tanto en la teoría misma como en la sociedad y en la cultura. De ahí se deriva también el modo en que este libro entiende el propio sentido de la actividad crítica y reflexiva, que podría leerse como la búsqueda de algo que el propio Durão reclama en uno de los fragmentos: una “ética de la teoría” (p. 56). Pues el *ethos* de una intelectualidad viva se opone tanto a la resignación como a las inercias del productivismo académico, las lógicas de la industria cultural y el antiintelectualismo difuso. Pero también se afirma frente a formas de pasividad dócil, que van asociadas a una subjetividad venida a menos y entumecida. Y es que Durão no reivindica el trabajo intelectual desde un *ethos* puritano, sino desde una postura plenamente vital. Como puede leerse en uno de los fragmentos, la pereza y la abulia no son la antítesis del trabajo heterónimo: “La pereza cansa” (p. 37). Si la vida parece haberse vuelto gris, solo una reflexividad viva, porosa y activa puede devolver a la experiencia sus tonos y matices; todo lo demás implicaría una capitulación. En este sentido el propio Durão es bien explícito: “El no-pensar no es natural (la curiosidad de los niños lo

atestigua continuamente), sino que acontece gradualmente y requiere una práctica asidua. Para combatir el adiestramiento de las mentes receptivas, que se expande cada vez más en el tiempo las modalidades de existencia, es necesario aferrarse a un nuevo imperativo categórico: no dejar que nos hagan parar de pensar” (p. 210). Tal vez nada defina mejor la actitud que pone en práctica y transmite este valioso libro.

Jordi Maiso

[jordi.maiso@ucm.es](mailto:jordi.maiso@ucm.es)